

► Llega a España el polémico 'Cuaderno de memorias coloniales', de Isabela Figueiredo

JAIME G. MORA
MADRID

El libro se iba a llamar 'Mi padre', pero a última hora Isabela Figueiredo (Maputo, Mozambique, 1963) lo cambió por 'Cuaderno de memorias coloniales' porque lo escribió en un cuaderno, porque son unas memorias de su infancia en Lourenço Marques, la actual Maputo, y porque se refieren a los últimos años en que Mozambique estuvo bajo el control de Portugal.

«Aquí se pensaba que el colonialismo había sido bastante suave en comparación con el británico, que por el carácter mediterráneo habíamos sido más empáticos», dice Figueiredo. «No se conocían las consecuencias de lo que habíamos hecho, incluso se hablaba de que habíamos dejado un enorme legado en los países colonizados, que los habíamos civilizado».

El libro, publicado en el año 2009 y que ahora llega a España editado por Libros del Asteroide, con la traducción de Antonio Jiménez Morato, les quitó las vendas a quienes se alineaban con la complacencia del mensaje dominante. «Yo rompí con este discurso al presentar a un hombre, mi padre, colonialista y racista, como muchos de los portugueses que yo conocí en los años sesenta y setenta durante mi infancia en Mozambique. No todos, pero sí muchos eran racistas, y quienes no lo eran actuaban como si lo fueran. Ellos también tuvieron la culpa», afirma la autora desde el otro lado de la pantalla del ordenador.

Infancia africana

El atrevimiento no le salió gratis a Figueiredo. Cuando lanzaron el libro fue criticada e insultada: «Me llamaron mentirosa y mala hija, escribieron de todo en los periódicos y también dijeron cosas horribles sobre mi padre. Hubo una polémica grande. Pero también recibí muchas cartas y mensajes de gente que me decía que habían vivido lo mismo que yo viví y sentí». 'Cuaderno de memorias coloniales' es el relato de una niña cuyo único contacto con el mundo exterior, durante su niñez en el Mozambique de los años previos a la independencia, fue a través de su padre, un electricista al que la autora identifica con el colonialismo: «Todo lo que sé sobre el colonialismo lo aprendí a través de la figura de mi padre».

Lo que Figueiredo observó entonces fue que a ningún blanco, cuando salía a tomar algo, le gustaba que le sir-

La verdad sobre el colonialismo portugués

«Sí, mi padre era racista, pero no era un monstruo»



CUADERNO DE MEMORIAS COLONIALES
Isabela Figueiredo. Traduc.: A. J. Morato. Libros del Asteroide

En la foto de arriba, Isabela Figueiredo se divierte de niña ante la mirada de un niño negro. A la izquierda, junto a su madre en Lourenço Marques

viera otro blanco porque la propina tendría que ser mayor. Que un blanco salía caro. Entre otras cosas, escribe la autora, porque a un blanco no se le podían dar golpes y no servían para meter los tubos del suministro eléctrico por las paredes: «Este era el orden natural e incuestionable de las relaciones: el negro servía al blan-

co, y el blanco mandaba sobre el negro». Cuando llegaba el día de cobrar, si al padre de Figueiredo le apetecía castigar a alguno por cualquier motivo, le pagaba menos: «Todo era posible». En el cine los negros sabían que no podían sentarse en la platea o en los palcos. No estaba escrito en ningún lado, ni falta que hacía.

«Oveja negra»

Ese «orden natural» hacía que Figueiredo, de niña, viera a los negros pedir trabajo a las puertas de su casa y ella no pudiera hacer otra cosa que no fuera regresar a su cuarto a seguir leyendo a Dickens. O que en el colegio no sufriera consecuencias cuando pegó a otra alumna. «Era mulata, era una presa fácil. No podía hacerme nada. Quejarse, ¿y luego? Yo era blanca», escribe. Tan pronto como tomó conciencia, dice Figueiredo, comprendió que aquella situación no era admisible, que los negros no podían seguir siendo tratados como animales. «Siempre me sentí una oveja negra», recuerda.

«Discutía violentamente con mi padre. Él me llamaba a mí comunista y yo a él fascista, siempre a gritos, pero también nos queríamos mucho. Cuando escribí el libro mi padre quedó como un monstruo. Y yo siempre he dicho: sí, mi padre era racista, un fascista, es verdad, pero no era un monstruo». Lo que 'Cuaderno' retrata es un hombre de su tiempo, en su contexto, tan racista como los demás, en la metrópoli y en ultramar.

Es el mismo hombre que, cuando el imperio colonial portugués acabó, sufrió la violencia revanchista de los africanos. Tras la Revolución de los Claveles y hasta que Mozambique alcanzó la independencia, en el año 1975, la «negrada», como escribe Figueiredo, se revolvió contra los colonos matando al azar y humillándoles de manera aleatoria. Si ella se salvó fue porque un vecino negro impidió que la turba entrara en su casa. «Cuéntalo todo», le dijo el padre de la escritora antes de que volviera a Portugal como retornada, «todo lo que robaron, saquearon, rompieron, quemaron, ocuparon. Los coches, las casas».

Figueiredo, sin embargo, no entregó ese mensaje. Era solo «una parte de un todo gigantesco», y de algún modo, dice, se «merecían los ataques». Pero si no lo pudo contar fue también porque esa adolescente retornada se encontró un país de izquierdas, incluso proindependentista, que no quería saber nada de estos hechos. Era «políticamente incorrecto» hablar de ello: «Lo que yo tenía que decir era que estábamos muy contentos con la descolonización de África y que nos habían tratado muy bien». No era viable que ella, una niña de 13 años en un país que no conocía, dijera nada sobre la vida amenazada a cada segundo y del riesgo constante de no saber si conseguirían regresar a casa. «Solo he podido escribir sobre mi padre y todo lo que vi cuando murió, antes no era posible», apunta Figueiredo. «Hice las paces con él después de su muerte». A él le dedica el libro.